

escrituras virales

#3



DIC

2020



Reflexiones de cuarentena

Darío Galante

Algunas reflexiones me surgen a partir de estos meses de cuarentena. En un primer tiempo hubo una resistencia muy grande a entender lo que estaba por sucedernos. Nadie sabía a ciencia cierta, ni lo sabe aún, cuál será el devenir de estos meses de encierro.

Hay pronósticos de toda índole, de los más optimistas a lo más pesimistas. Hay quienes piensan en confabulaciones y quienes creen que se aproxima el fin del mundo o del psicoanálisis (según el ámbito del debate). Y hay quienes creen que es una posibilidad...

¿Una posibilidad de qué?

De repensar lo que fue hasta ahora la vida sin considerar que a veces los acontecimientos producen cimbronazos y que de esos impensables surgen las respuestas subjetivas. Hablamos por supuesto desde el psicoanálisis, aunque podría ser extensivo al campo de la sociología (pero sería demasiado arriesgado y, por lo menos, impertinente). Sin embargo, un acontecimiento, como es el de la pandemia, seguramente tendrá repercusiones a escala planetaria.

Aunque siempre es una tentación arriesgar pronósticos de lo que vendrá, el lugar más conveniente para el psicoanalista es el de hacer pequeños grandes aportes (sí, así, todo junto como un oxímoron, similar al odioenamoramamiento lacaniano).

¿Y cuáles serían esos aportes?

En principio, buscando en su campo de acción (es decir, en la clínica del uno por uno) detalles que marquen diferencias. Aquí hay una: delimitar en cada caso que el psicoanalista escucha la diferencia entre la impotencia y la imposibilidad.

¿Y cómo se establece esa diferencia?

Distinguiendo con la mayor precisión posible la diferencia entre la pandemia de todos (punto máximo de identificación colectiva) y el aislamiento de cada uno (aquí es cuestión de sujeto).

Si los análisis continúan, más allá de las incomodidades propias del acontecimiento pandemia, es un buen pronóstico para el psicoanálisis y uno malo para sus detractores, que sostienen su fin desde el comienzo...

El territorio de los signos

Leopoldo Kligmann

“En definitiva, nadie puede ser ajusticiado in absentia o in effigie” afirma Freud en Sobre la dinámica de la transferencia.

La pandemia introdujo distintos tipos de problemas en diferentes órdenes de la vida cotidiana. En cuanto a nuestra práctica, la del psicoanálisis, suscitó diversos interrogantes. Y en este sentido, la actualidad de la pregunta por la modalidad de la clínica psicoanalítica a distancia, nos conduce a recortar un aspecto problemático atinente a la posición del analista. Nuestra pregunta no es si es posible el psicoanálisis a distancia, porque siete meses de pandemia, y en rigor de verdad desde mucho antes también, ya introdujeron una respuesta de hecho. En esta ocasión la pregunta es por un rasgo de los tratamientos a distancia.

Al considerar la posición del analista, Freud es claro, no se trata de la “persona del analista” con quien se juega la cura, sino de aquello que éste representa. Y la representación se sostiene sobre un fondo de ausencia. Por ello, se trata de dejar vacante ese lugar para que allí pueda producirse la transferencia como motor de la cura. En ese punto reside la condición de posibilidad del tan mentado movimiento que Freud establece como operatoria de un inicio de tratamiento: el pasaje de la libido del síntoma al analista. ¿Puede el analista operar como una ausencia a la distancia? Sin confundir los términos de distancia y ausencia, distinguimos entonces, por un lado, el registro de la ausencia del analista producto del distanciamiento social que configura tratamientos con diversas modalidades a distancia –es una ausencia en el registro del cuerpo, que a la vez vale como una presencia virtual. Un registro al cual Freud se refiere postulando que la transferencia se juega con la persona del analista-. Pero a la vez, esta presencia virtual y ausencia del cuerpo, la distinguimos de la ausencia como operatoria de la posición del analista, tal como Freud la conceptualizó. Distinguimos estos dos registros de la ausencia, y a la vez, pensamos que en este punto los obstáculos no son insalvables. La práctica del psicoanálisis a lo largo de estos meses orientan en ese sentido.

Sin embargo, consideramos que la ausencia de la persona del analista introduce un problema, o al menos una pregunta. Ya que los signos aparecen en este registro, el registro en el que se producen los fenómenos amorosos. Y si bien, en un tratamiento a distancia la interpretación como operación paradigmática del analista es posible. No es menos cierto que hay condiciones previas, aquellas que configuran y preparan el territorio para que la interpretación sea posible: “los analistas, para poder interpretar, tienen que esperar que se produzca este efecto de transferencia” afirma Lacan en el Seminario XI.

¿Cómo se presentan esos “efectos de transferencia”? Mediante signos. Es en el territorio de los signos que se manifiesta el obstáculo, cuando el analista no vale como un espejo que opera devolviendo el mensaje en forma invertida, sino que vale como una presencia que obstaculiza el devenir asociativo del analizante. Nos referimos a que ese pasaje, de espejo a una presencia que obstaculiza las asociaciones, no solo es inevitable, sino que es un obstáculo necesario para todo análisis.

Indudablemente es mucho lo que se podría decir acerca de la presencia del analista, comenzando por la causa del cierre del inconsciente y transitando un recorrido hacia la categoría de objeto a. Pero aquí nos limitaremos a cierto modo en que se presenta el obstáculo relativo a la posición del analista: los signos que se soportan de la presencia del analista y que justifican la premisa freudiana: “nadie puede ser ajusticiado in absentia o in effigie”.

Partiendo de lo que propone Lacan en el Seminario VIII: “Un objeto puede adquirir respecto al sujeto el valor esencial que constituye el fantasma fundamental. El propio sujeto se reconoce allí como detenido, o, para recordarles una noción más familiar, fijado”. Nos preguntamos: ¿De qué manera “un elemento circunstancial puede adquirir el valor representativo de lo que es el término de la enunciación subjetiva”? Lacan en este punto es claro: cuando dicho elemento vale como un signo. Si un significante representa al sujeto para otro significante, el signo es lo que representa algo para alguien. Y en este punto, se requiere de la presencia de ese alguien para evocar el surgimiento de un signo, y por ende, de la transferencia. Para decirlo de otra manera, el amor a distancia es posible. Sobran los ejemplos que van desde la Grecia antigua hasta el presente, incluso sin olvidar el tratamiento mediante cartas de Freud con Fliess-.

Pero el amor en presencia configura un empuje diverso. Freud lo llamó “trieb”, y en este sentido, diferenció las pulsiones oral y anal, de otras dos, que requieren del soporte de un semejante, y que Lacan leyó en Freud en términos de la voz y la mirada.

En la práctica, el psicoanálisis a distancia es posible. El analista en su función de semblant puede operar, ya sea presencial, por teléfono, videollamada o como sea. Sin embargo, resta para nosotros considerar la articulación entre los signos y la ausencia de la persona. La ausencia que delimitamos a partir de la distancia, de quien –el analista- en cierto momento de la cura vale como semejante.

¿Nueva normalidad para el dispositivo analítico?

Fernanda Mailliat

Del otro lado del planisferio y enlazado a costumbres que bordeaban lo irrepresentable para occidente, el virus irrumpió como radicalmente extranjero. Sin embargo, la ilusión de un resguardo geográfico o costumbrista, se desmoronó rápidamente de la mano de lo evidente: el mundo globalizado también transversaliza virus.

Una vez declarada la pandemia, el Covid-19 se volvió un asunto propio de la categoría universal ya que todo ser humano podría contraerlo o transmitirlo.

Nuestros consultorios no escaparon a las medidas tomadas por las autoridades sanitarias y tuvimos que optar por la única modalidad que volvía posible nuestra práctica. ¿Esto implica una Nueva normalidad para el dispositivo analítico?

La orientación por el síntoma nos permite dar el giro de lo universal a lo singular. Del acontecimiento global que inició en Wuhan, a localizar las marcas singulares que pueda dejar esta enorme contingencia en la rutina del modo de gozar de cada quién.

L dice que se siente muy bien. Las medidas de aislamiento social acotaron enormemente sus salidas y ya no padece de lo que llama sus ataques de pánico. Agradece el trabajo realizado hasta el momento y anuncia que retomará cuando tenga que volver a salir más allá de los límites de su barrio.

La pandemia encontró a M historizando su relación al cuidado, en el marco de una consulta precipitada por violentas discusiones con su pareja. Los primeros días de aislamiento auguraban un escenario ideal para maximizar los maltratos que ambos se dedicaban, sin embargo, M comienza a observar pequeños detalles de la dinámica doméstica compartida. Empieza ordenar sus comidas, se ocupa de unos achaques corporales de larga data y repara algunas cosas de su casa. A medida que avanzaba en esto, se sustrae de los enfrentamientos con su partenaire a quien comienza a definir como un hombre sin cuidados. Esto habilita la salida del circuito de la queja y abre paso a una separación que contempla algunos cuidados indispensables para ella.

Para J la pandemia, es una pausa. Dice que actividades y lazos sociales quedaron en estado de detención hasta que acabe la cuarentena y pueda retomar su vida en el mismo punto en el que la dejó. De este modo sostenía la ilusión de no estar perdiéndose de nada, pero a la vez sentía que una sensación mortificante lo invadía. Una intervención perturba su fórmula pandemia-pausa y durante esa sesión telefónica, se sorprende al darse cuenta que durante estos meses de teletrabajo, el proyecto laboral que había iniciado en febrero, había cobrado una envergadura inédita. Su pandemia-pausa se le revela ahora con intervalos y posibilidades de movimientos.

Desde estas viñetas retomo la pregunta: ¿Nueva normalidad para del dispositivo analítico? No. No, porque no es lo mismo hablar de consultorios que de dispositivo analítico. El dispositivo sigue siendo contra todo estándar, aún en estos tiempos donde los analistas pasamos horas escuchando a nuestros pacientes desde plataformas en línea y nos preguntamos por los efectos de no poner el cuerpo o de ponerlo a través de la pantalla o el teléfono.

Sin estándares, sin comprender y orientados por la ética del psicoanálisis, volvemos a verificar que más allá de la magnitud de los acontecimientos, siempre hay que leerlos caso por caso.

Crónica breve

Silvia Bermúdez

Se han perdido las palabras; se desgajaron. Quedan hojarascas.

No es que se hayan olvidado, hay un agujero; como si nunca hubiesen estado allí.

No hay poesía que las escriba ni que las habite. El silencio estalla.

Los lazos en una pantalla. Tampoco se encuentran sintaxis ni signos gramaticales ¿qué uso darles en este calendario insensato?

Acaso se sabe, pero no. Sábados y feriados se perdieron como las palabras.

Prohibido echarse sobre otros cuerpos. Entrelazarse ya no.

Orfandad de susurros. Están vivos, pero no se escuchan.

Las palabras amables y eróticas enmudecieron. El pánico las desmembró.

Basta de escuchar los mismos pentagramas en aburridos acordes. Dos, tres, tal vez cuatro en las mismas partituras.

Hasta esa batuta fabricada con la madera esencial se detuvo.

Has muerto, un cuerpo uniformado de ese mal, se ensaña prohibiendo el paso.

¿Con qué derecho?

Quizás por el terror de tus retorcidos secretos o solo por ese bruto hilo invisible.

No se permite balbucear esos íntimos susurros antes del último suspiro.

Los cuerpos sienten en otro tiempo y espacio.

"El grito hace el abismo donde el silencio se precipita" 1

El grito se hace oír: un protocolo para una despedida digna se empezó a escribir

Para cuidar las infancias. Redes sostenedoras ante el desafío de los cuidados

Juan Augusto Laplacette

Entre las angustias y ansiedades que emergen en los cuidadores durante los primeros años de sus hijos, se encuentran los profundos temores mortíferos en el cuidado primario y fundamental de mantener con vida al bebé. En general, esas angustias encuentran circulación y canales elaborativos en la sociedad y cultura, tanto en el sostén entre otras figuras significativas (pareja, padres u otros familiares, amigos, vecinos, instituciones y profesionales), como en las producciones simbólicas (canciones de cuna, por ejemplo, que se transmiten de generación en generación y que, muchas de ellas, incluyen en sus letras referencias a la muerte y la agresividad envueltas en el afecto amoroso de su expresión y en un marco vincular).

Hoy, atravesados por una pandemia mundial, las angustias, las ansiedades, los temores, la incertidumbre, la vulnerabilidad y la necesidad de cuidados han tomado intenso protagonismo. Y como toda situación que remarca la profunda fragilidad de los seres humanos, nos remite a los momentos más tempranos de nuestras vidas. Por eso, considero que se vuelve esencial tomar esas experiencias de los primeros tiempos para pensarlas como modelo desde la trama colectiva. Tanto allí como aquí, la importancia del armado de redes sostenedoras con otros y la creación y apertura de canales simbólicos de expresión-elaboración son invaluableles. En este sentido, una de las primeras cuestiones que se impuso fue ¿cómo generar otras presencias que no requieran del cuerpo a cuerpo, pero que no hagan del distanciamiento físico un distanciamiento afectivo? ¿Cómo generar otros modos de presencia, aún en la virtualidad, que permitan recuperar y reconfigurar las tramas vinculares, sosteniendo los lazos afectivos?

Hoy, más que antes, las redes sostenedoras para cuidar a quienes cuidan tienen un valor significativo en la salud mental tanto de los cuidadores como de niñas y niños. Es que si el teletrabajo, por ejemplo, aparece como oportunidad laboral (al menos en una parte de la población), mientras se escriben y regulan leyes al respecto, es prioritario que pensemos y respondamos a la necesidad mayor de cuidar a quienes cuidan para cuidar mejor -o suficientemente bien, como diría Winnicott, siempre vigente-. Porque si muchos trabajos y actividades serán y/o continuarán siendo desde el hogar, es cierto que se presenta la oportunidad de compartir más tiempos y espacios pero, a la vez, emergen especiales desafíos que están sucediendo en este preciso momento: el recrear los límites y las separaciones desde una presencia física significativamente más frecuente; el generar y sostener espacios de intimidad-privacidad, entre lo físico, lo simbólico y lo virtual; el reorganizar y reinventar las rutinas y los hábitos que sostenían en lo cotidiano; el acompañar la articulación con otros espacios socio-culturales que también se han transformado profundamente, como la escuela, entre tantos otros.

En definitiva (porque esta situación de pandemia es finita, se terminará), considero que un desafío transversal, con respecto al cuidado de las infancias y de quienes las cuidan, es la configuración de redes sostenedoras, colectivas, que recompongan y reafirmen la trama social y articuladora que posibilita y potencia canales afectivos, expresivos, simbólicos y elaborativos de este malestar compartido, y a la vez diverso, tan singular como global y que reaviva y evoca nuestros temores más profundos y tempranos. Porque el comienzo es con otros, pero el camino y la salida también.

*Que el espacio entre nosotros sea puente y no desierto,
sostén desde el deseo y en la mente hasta el reencuentro.*

Esperar, no esperar, olvidar la espera

Valeria Mazzia

A los pocos días de empezar la pandemia circularon diversos escritos con recomendaciones para la salud mental de la población. Todas describen lo esperable en una situación como la actual: es esperable estar asustado, deprimido, aburrido, ansioso, angustiado, enojado. Si el psicoanálisis nos convoca a orientarnos por lo real como lo no previsible y lo que no puede ser atrapado por el sentido ¿cómo escuchar para no dejar pasar lo que no se espera?

¿Qué es esperar? Es algo que nos permite el símbolo, es la marca que deja un alternar entre presencia y ausencia.

No esperar tiene connotaciones negativas y positivas. No poder esperar es prisa, angustia, urgencia, desesperación. Pero no esperar todo del otro absoluto de la demanda puede traer un alivio, cambiar la relación a ese otro, lo que le pedimos y cómo respondemos a su demanda.

También usamos la expresión: dejar de esperar a quien no va a volver. Parte del trabajo de duelo.

Se pueden hacer cosas distintas con el tiempo. Hay una expresión que se usa frente a una frustración por una demora inesperada. En inglés es to kill time, en castellano se dice hacer tiempo. Anna Kasumi Stahl señala en el pasaje de una lengua a otra, dos posiciones frente al uso del tiempo.

Erri de Luca en su novela Aquí no, ahora no nos muestra algunos matices de la espera, el tiempo, los otros :

“De las primeras cosas que aprendí por mi cuenta recuerdo esta: aprendí a no esperar.

Veía que te impacientabas cuando el autobús tardaba, si papá no regresaba a su hora de noche, o si a la primavera le costaba asomarse (...) Pensé en hacer averiguaciones ¿cómo podía uno estar tranquilamente esperando algo, aunque ese algo no llegase? (...) Pensaba en tu caída en un enojo, en una tensión que transformaba de repente toda una porción de tiempo en una fijeza, un endurecimiento de nervios, una espera.”

Dirige a su padre las preguntas: “¿Por qué existe la espera? (...) Por todo lo que se retrasa y hay que esperar ¿quedamos siempre a la espera? (...) Papá, si yo no quiero quedarme a la espera y quiero quedarme sin espera, ¿puedo?”

El padre mientras se afeita le responde : “Si llegas a lograr quedarte sin espera, verás cosas que los otros no ven” (...) Aquello que te importa, aquello que te vaya a pasar, no llegará con una espera.”

Y el autor saca sus conclusiones a partir de la respuesta : “No supe preguntar, no entendí la respuesta, pero no la he olvidado. Ese día me distancié de la espera, aprendí a no esperar. Cuando te impacientabas me ponía a mirar algo pequeño, una gota en el cristal, una mancha en la ropa, así tu desahogo no me aturdí. Te molestaba mi renuncia a compartir tu estado de ánimo. Seguramente pensabas que nunca estaba de tu parte. Debe ser también cierto, no compartir una tensión con alguien es como abandonarlo a su suerte. Pero no te abandonaba, estaba en el sitio de antes; y así, poco a poco, se te olvidaba la espera.”

Redes

Nicolás Bousoño

I

“...la realidad está cubierta por la red del lenguaje”, afirma Lacan. Red que en sus desfiladeros produce la sexualidad que el analista debe poner de relieve en las palabras del analizante, para permitirle ubicar en sus resonancias aquellas que marcaron su cuerpo. “Sin las palabras nada existiría ¿Qué sería del placer sin el intermediario de la palabra?” , se pregunta Lacan. Es por eso que un psicoanálisis puede ser un tratamiento del malestar.

J.-A. Miller agrega “Si el hombre ha inventado la relación sexual es para velar el horror de esa carne recorrida por un estremecimiento que no cesa y que es lo que es, sin por qué” . Es decir, hay sexualidad porque hay red significativa; sin ella, a lo sumo hay estremecimiento.

II

Distintos medios han vehiculizado al significante; tejiendo redes a lo largo de la historia, sirviendo como soportes del deseo, del erotismo, del encuentro imposible entre los sexos.

Hoy internet sustancializa la red, multiplica su valor de uso; también la banaliza, al transformarla en código. Tecnología que empuja hacia una estandarización de la humanidad y sus fantasmas. La globalización intenta reducir la existencia humana a una cifra, un uno contable para su mejor gestión, sin una dimensión dialéctica en la que realizarse. La pandemia y sus efectos muestran claramente esta disposición actual de la cultura.

Detrás de la multiforme producción de imágenes de cuerpos exhibidos para la publicidad y el entretenimiento; es la escritura, el registro electrónico contable, el núcleo del asunto.

Observa E. Laurent que “las palabras y los cuerpos se separan en la disposición actual del Otro de la civilización”, lo que se verifica en los modos desarticulados en los que se presenta la satisfacción en nuestros días. Como respondiendo al interrogante de Lacan, en nuestra época el goce se ha vuelto obligatorio. El superyó contemporáneo empuja a buscar una satisfacción ilimitada que muchas veces encuentra su término en la muerte misma. Estrago que deja al ser humano de nuestros días abandonado a sus propios impulsos, tratando de extraer algo de vida de lo más inmediato, de su cuerpo.

Distintos gadgets, hacen uno con el uno contemporáneo y sirven de defensa ante toda alteridad posible, rechazando la Otra dimensión las veces que podría tener lugar. Vigilia, enclaustramiento, aburrimiento, son ocasiones para ver series.

Lacan designa la posición subjetiva efecto de la globalización como “el niño generalizado ; aquel que busca entretenerse, distraerse del límite que implica la castración, mirando para otro lado. La mirada del que no quiere saber nada de aquello con las que tiene que vérselas un adulto, asumir la responsabilidad por su goce.

III

En ese contexto pantallas y redes sociales imponen su estilo particular, medios que parecen hechos a propósito para “mirar para otro lado”. Conexiones y desconexiones vertiginosas matizan y componen encuentros y desencuentros, cargados de imágenes y abreviaturas que disponen un código sin tanta metáfora quizás, pero no menos sujeto al malentendido. Que la globalización sea el contexto en el que toman su lugar, no implica que los sujetos no hagan siempre un uso singular de los gadgets. Y es en ese uso donde puede presentarse la ocasión para el psicoanalista de introducir lo vital de su intervención. Ya sea alojando, riendo, avergonzando, interpretando; la ocasión de mantener abierta la posibilidad de un lazo donde se sostenga la dimensión del misterio propia de la vida humana.

Pandæmonium

Sandra Rese

Con ayuda de todas sus herramientas, el hombre perfecciona sus órganos –los motrices, así como los sensoriales- o remueve los límites de su operación” Sigmund Freud

En esta época del para todos pandemia, de protocolos, burbujas, aislamiento, confinamiento, en el que las garantías se esfuman, donde se desvanecen la presencia de los cuerpos, se trastocan el tiempo y el espacio, y los vínculos con los otros, donde acontece un cambio de todo lo conocido hasta ahora, en el que los fenómenos de la vida y la muerte transcurren en una suerte de novedosa opacidad, los psicoanalistas no tenemos que olvidar que hoy cada uno atravesara los efectos y responderá a partir de su propia singularidad.

Las pandemias forman parte de la historia de la humanidad, es decir, de una de las dimensiones de la existencia en nuestra civilización. Con ajenidad radical hoy irrumpe el acontecimiento COVID ominosamente en el corazón de la vida de todos y cada uno, ha penetrado en los discursos y tocado los cuerpos.

El 11 de marzo de 2020 la OMS declara pandemia, a la epidemia de COVID-19. En su anuncio el doctor Tedros Adhanom Ghebreyesus sostiene: “Nunca antes habíamos visto una pandemia provocada por un coronavirus. Y nunca antes hemos visto una pandemia que pueda ser controlada, al mismo tiempo”

Rara enunciación que tal como fueron transcurriendo los distintos hechos en este tiempo, evoca la imposibilidad de la posición científica que anunciaba Lacan, bajo el apartado “La angustia de los científicos” en El triunfo de la religión y reactualiza la vigencia de las tres fuentes de sufrimiento indicadas por Freud en “El malestar en la cultura”: la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de nuestros cuerpos y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres, en la familia, el Estado y la sociedad.

Lacan en una perspicaz anticipación epocal, recorta la posición del científico como una posición imposible, y la pone en serie con las tres profesiones imposibles señaladas por Freud: gobernar, educar, psicoanalizar. Sólo que la ciencia en su suerte agrega, aun no tiene la menor idea de esta posición, salvo cuando surge un ligero acceso de angustia. (Lacan: 1960)

«Pero estas limitaciones, ciertamente basadas en la ciencia, no alivian la angustia de cada uno acerca de lo que nos espera. Y debemos prepararnos para poder discutir juntos los méritos de los dispositivos intrusivos que se implementarán». (Laurent: 2020).

Como psicoanalistas estaremos atentos a los efectos que en cada uno puedan producirse y justifiquen nuestra intervención.

Freud bashing: con y sin pandemia

Claudio Spivak

En diciembre de 1995 ocurrió un hecho extravagante. La Biblioteca del Congreso de Washington anunciaba que posponía la exhibición llamada “Sigmund Freud: Conflicto y Cultura”. El motivo era la solicitud de grupos críticos al vienés, conocidos como Freud bashers, para quienes la muestra no lo representaría de “forma balanceada”. Según Roudinesco, el motivo era que los autores Peter Swales y Adolf Grünbaum habían lanzado una violenta campaña de prensa contra Freud, en la que reiteraban acusaciones habituales. A fines de aquel 1995, Jonathan Lear escribía que el Freud bashing “ha dejado de ser un argumento para devenir un movimiento”.

Freud bashing podría traducirse como destrucción o denigración de Freud. Sus artífices sostienen argumentos que apuntan primero contra la persona de Freud y, a continuación, contra el psicoanálisis. Aquí autor y obra se confunden. En esta línea se nos proponen distintas aristas del vienés, con carácter de verdad. Entonces Freud ha sido cocainómano, pedófilo, maltratador, bígamo, estafador, nazi, patriarcalista, etc.

Los orígenes del Freud bashing son difíciles de conocer. Roudinesco nos habla de una serie de artículos derivados o desviados de los trabajos revisionistas de Ellenberger y Sulloway. Sin embargo esta tradición, acaso más antigua aún, ya puede encontrarse en la nota que escribiera Marie Bonaparte con motivo de la muerte de Freud. Ella recorta que un periodista francés acababa de adjudicarle al vienés el haber preparado el advenimiento del nazismo y esto por haber glorificado al instinto.

En la década de los '80s, el editor de la correspondencia de Freud a Fliess, Jeffrey M. Masson, presenta *Against Therapy*, donde dedica un apartado al caso “Dora” y a las deshonestidades freudianas. Si bien hay precursores de lo expuesto por Masson, en su escrito se concentran muchas de las críticas que hoy se reiteran.

El 20 de marzo de 2020, mientras en Argentina se iniciaba la cuarentena obligatoria, *The New York Times* publicaba el cortometraje de Kate Novack, *Histerical girl*. El corto propone una suerte de remake de lo propuesto por Masson y otros. Freud es un defensor del patriarcado, alguien seducido por Dora (también por el Sr. K.) y, nuevamente, consumidor de cocaína. La novedad es involucrar a la figura del vienés en el movimiento #MeToo. La obra usa, además, filmaciones de fines de los años '20 y de los años 30s para ilustrarlo. Los anacronismos están al servicio de la ficción. En el camino se confunde el uso de la categoría clínica de histeria con un uso descalificador del siglo XXI y parece adjudicarse el sostén de ambos a Freud.

A los pocos días conocimos la miniserie *Freud*, en la plataforma Netflix. Aquí nuevamente tenemos al personaje seducido por su paciente y consumidor de cocaína, solo que ahora en grandes cantidades.

Una curiosidad: es fácil de hallar que algunos colegas sostengan variedades de estas versiones. También que otros, alertados de estos eventos, sostengan que no es su tarea “salvar al padre”.

Se dice que cuando Freud supo de la quema de sus libros en las hogueras del nazismo, habría afirmado que se trataba de un avance y que en la Edad Media hubiese sido él a quien enviaran al fuego. Es de entender que el avance implicaba poder discriminar al autor de su obra. Este aspecto, para algunos, hoy no parece tan claro.

Hay otra confusión: poner a un autor en el lugar del padre, para luego hacerlo padre de la horda. De esto se deriva que su asesinato sea míticamente necesario.

Sin embargo, lo que retorna, son sus distintos modos de su influencia, de los que resulta difícil separarse. Y esto cuando no fundan, en cada asesinato, una nueva ligazón al padre.

La esencia de la vida, nada más real

Gerardo Battista

“La muerte entra dentro del dominio de la fe. Hacen bien en creer que van a morir, por supuesto. Eso les da fuerza. Si no lo creyeran así, ¿podrían soportar la vida que llevan?” Lacan

En estos tiempos pandémicos, el real de la muerte aCosa los sentidos tejidos por el fantasma al poner al desnudo no solo lo inmundo que habita en el ser hablante sino también la esencia misma de la vida. Marco Aurelio en Meditaciones plantea que nadie pierde otra vida que la que tiene, ni disfruta de otra vida que la que pierde. De modo que la vida más larga y la más corta confluyen en lo mismo. El pre-sente es igual para todos; luego no hay diferencia en lo que se pierde.

Tanto el epígrafe como esta referencia ponen de relieve, entre otras cosas, la tensión entre lo real de la vida y la asunción de la pérdida que conlleva vivirla. No solo es del orden de una elección vivir la vida, sino también implica un consentimiento a la inexistencia del Otro. Lacan en El Seminario 11 ubica que la elección sólo consiste en saber si uno se propone conservar una de las partes, ya que la otra desaparece de todas formas. Esto conlleva que, en la relación con el Otro, es necesario perder algo para que haya un lazo.

Lacan en “Discurso a los católicos” se pregunta, ¿cómo es posible que estos hombres se abandonen hasta ser presas de la captura de esos espejismos por los que su vida, al desperdiciar la oportunidad, deja escapar su esencia, por los que se juega su pasión? Ante la expansión del real pandémico -que hizo estallar en un primer momento la rutina fantasmática- los espejismos religiosos ofrecen un alivio que apacigua los corazones: un sentido al real de la vida, del cual es imposible escapar, pues del sentido se goza.

“El fenómeno de la vida permanece en su esencia completamente impenetrable, sigue escapándose más allá de lo que hagamos”. Lacan afirma que la esencia de la vida es nada más real, lo cual significa que nada es más imposible de imaginar. Por tal razón, “el cuerpo parece efectivamente defenderse contra lo que queda de ello, cuando no tiene más la vida, pero la vida es otra cosa que el conjunto de fuerzas que se oponen a la resolución del cuerpo en cadáver”. La vida es condición necesaria del goce pero no suficiente ya que ésta sobrepasa el cuerpo, que no es más que una forma transitoria, perecedera. “Solo hay goce con la condición de que la vida se presente como un cuerpo vivo”. El goce comienza con la vida antes de entrar en función el lenguaje. La vida del ser hablante es cuerpo y discurso entrecruzados. La incidencia del significante extiende sus raíces por el cuerpo del parlante hasta trenzar en él briznas de goce. Por lo tanto, goce y cuerpo vivo son el nudo y la condición de la vida. “No sabemos qué es ser vivo, salvo solamente que un cuerpo goza”. Lacan concibe el goce ligado a la vida pero bajo la forma de un goce en el cuerpo. Esta concepción de vida en Lacan organiza la experiencia analítica.

M. Bassols con Lacan en “Indeterminación y certeza” plantea que el colectivo no es otra cosa que el sujeto de lo individual, clave de lo que está sucediendo estos días a nivel planetario, donde cada Uno depende del tiempo del Otro. En tiempos de Meritocracia, el falso vel que algunos plantean, la bolsa o la vida, está dejando como saldo una devaluación de vidas... Hanna Arendt en su libro Hombres en tiempos de oscuridad plantea que la solidaridad puede ser significativa si va acompañada de responsabilidad política. El acto ético y político de sostener el trabajo y la transmisión del psicoanálisis en la universidad, así como leer, analizar, analizarse nos permitirá escribir a cada uno, con otros, como en esta publicación, un tiempo para poder extraer consecuencias.

El duelo y la pandemia

Verónica Wainszelbaum

En “Diario de duelo”, Roland Barthes evoca a Donald Winnicott y lo cita: *“sufro del miedo de lo que ha tenido lugar”*. (Barthes, 2002: 134)

Un costado del dolor es temer que pase lo que ya ha sucedido, y esto nos recuerda que la pérdida es constitutiva para el sujeto hablante. Se puede pensar al duelo, como un suceso que se transforma en acontecimiento porque resignifica nuestra vida, y como consecuencia cambia las tonalidades de nuestra subjetividad.

Agregaré Barthes, que de todos modos *“la angustia por lo que ya aconteció, no atenúa la amenaza por lo que pueda pasar”*. (Barthes, 2002: 134). Y una vez más nos encontramos con que la realidad es la realidad psíquica que da cuenta del propio entramado en la constitución subjetiva para cada quien. Entonces, un hecho se transforma en acontecimiento, y el contexto aporta resonancias para cada uno. Por lo tanto la pandemia, que se manifiesta con la posible experiencia la pérdida, puede hacer presente lo velado que es lo inexorable de la muerte. Desde las muertes con su pluralidad, podemos evocar la singularidad de la finitud.

Escribe Barthes, *“Ahora por todas partes, en el café, en la calle veo a cada individuo bajo la especie del que-debe-morir inevitablemente, es decir muy exactamente del mortal- y con no menor evidencia los veo como no sabiéndolo”*. (Barthes, 2002: 63)

Afirmará Freud, que de la muerte como representación propia no hay inscripción, tal vez, el “(no) sabiéndolo” del gerundio, es porque no se termina de saber. Pero sí, estará la experiencia como un proceso en relación a las pérdidas concretas y abstractas.

Freud, en “Duelo y melancolía”, sostiene que la libido luego de desasirse de los objetos regresará al yo, en este retraimiento lo social pasa a tornarse como exigencia. Pero a su vez los ritos son necesarios para el duelo, en tanto son una mediación que se oponen a la inmediatez del sin tiempo, y el tiempo es necesario para la elaboración, aunque “suframos por lo que ya ha tenido lugar”, y a pesar de que con lo simbólico no recubriremos lo real.



FIN DE SERIE

Escritos Virales #3 es el fin de una serie. Seguramente tendremos capítulos renovados, nuevas reflexiones, conexiones, articulaciones y formas de encontrarnos.

En este año tan duro para todos, la serie cierra con el trabajo de apreciados colegas que, tal como sucedió en las ediciones anteriores, la escritura hizo lazo.

Escribir para otros, intercambiar los textos, comentar ideas, fue una de las maneras que ayudar a tramitar por la vía de lo simbólico la irrupción de este real que nos atraviesa. Por ellos agradecemos el trabajo de cada uno de los que nos acompañaron en esta propuesta: diseñando, organizando, publicando y leyendo.

Nos despedimos de Escrituras Virales con la expectativa de nuevos proyectos y encuentros.

Con el deseo de que 2021 nos encuentre juntos, compartiendo y fortalecidos como efecto del trabajo conjunto.

Convergencia Académica

escrituras virales

#3

Darío Galante

Leopoldo Kligmann

Fernanda Maillat

Silvia Bermúdez

Augusto Laplacette

Valeria Mazzia

Nicolás Bousoño

Sandra Rese

Claudio Spivak

Gerardo Battista

Verónica Wainszelbaum